

LA PROTESTA

Precio 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL Porte pago

U. Telefónica 0478 B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1837

Valores y giros a A. Barrera

La internacional de los calumniadores. Cómo se combate al anarquismo

No hay duda que el espionaje, en beneficio de un partido político sedicente revolucionario, está internacionalmente organizado. Después de 1917 el centro de gravedad del movimiento marxista, se trasladó a Moscú, siendo la Tercera Internacional la cabeza directriz de una campaña tendiente a copar las organizaciones políticas y económicas del proletariado que podían ofrecer al bolcheviquismo un punto de apoyo fuera de Rusia.

La palabra de orden de Moscú fué: "escisión en los partidos socialistas y guerra a muerte a los viejos líderes del reformismo social-demócrata" Y la lucha se inició por la dirección de los partidos y la conquista de las masas proletarias, en un momento en que los comunistas rusos podían ofrecer, como suyo, el ejemplo de una revolución triunfante...

Pero el triunfo bolchevique, en los medios obreros de Europa y América, — principalmente en los países latinos — no podía ser completo mientras los anarquistas conservaran su prevalencia en el movimiento sindical y se mantuvieran firmes en sus puestos de lucha y en su intransigencia doctrinaria. Se necesitaba, pues, un instrumento económico para llevar la guerra al anarquismo en el plano de sus actividades sociales y un arma política para desarmar la intransigencia de unos y debilitar la posición de otros.

Losovsky, hábil politiquero perteneciente al grupo de audaces apoderados del gobierno "revolucionario" de Rusia después del golpe de Estado de 1917, fué encargado de la misión de "conquistar" a los sindicalistas y anarquistas para la causa bolchevique. En su circular al proletariado sindicalmente organizado, después de llevar un ataque a la Internacional de Amsterdam y a los jefes del reformismo europeo, planteó la necesidad de la Internacional sindicalista revolucionaria que, agrupando a todas las organizaciones de carácter subversivo y libertario, formar la vanguardia de la revolución en Europa y América. Y la Sindical Roja se improvisó, en el congreso convocado en Moscú por la Tercera Internacional, con el propósito de plantear al proletariado las cuestiones inmediatas y urgentes de la revolución que se creía inevitable en todo el mundo capitalista.

El primer golpe había sido asestado al anarquismo, substrayendo a su influencia a las organizaciones prole-

TACTICA REVOLUCIONARIA



Hacia la dictadura proletaria...

tarias que habían hecho doctrina del antiestatalismo y la acción antipolítica como elemento primordial para desterrar de la clase obrera la creencia en las revoluciones a base de cambios de gobierno y de reformas en el armatoste estatal. Pero la reacción se produjo bien pronto en las filas anarquistas, y la ruptura con Moscú se hizo inevitable. Y es entonces que los emisarios del par-

tido comunista, los apóstatas ganados para la causa bolchevique y todos los "conversos" a la doctrina dictatorial infiltrada en el movimiento obrero, ponen en juego sus armas viles y recurren a todos los medios para asegurarse en las posiciones que tomaron por sorpresa.

La Internacional de los calumniadores, tomando la ofensiva contra el anarquismo, destacó un ejército de

agentes, espías y "conversos" en las filas anarquistas, que se encargaron de sembrar la cizaña y la confusión en todas partes, improvisando las teorías más curiosas y las paradojas más abracadabrantes para valorizar su anarquismo de dictadura y de Estado. Y cuando la confusión doctrinaria, el intríngulis ideológico y el disparate histórico no llenaban el cometido que esos elementos persé-

guían, recurrieron a la calumnia, fraguaron complots infames y tendieron emboscadas a los compañeros que no podían permitir que tan villanamente se emparecieran las fuentes cristalinas de la filosofía anarquista.

En todas partes, con caracteres más o menos semejantes, se produjo el mismo batiburrillo confusionista. Y tanto en Europa como en América, de nuestro campo surgieron los "innovadores" que predicaron la necesidad de la dictadura para llegar a la realización de los postulados libertarios del anarquismo. Y, como respondiendo a un conjuro, aparecieron en escena los personajes de un trágico-cómico sainete cuyo epílogo no tardará en producirse.

Al igual que en la Argentina, tienen en todas partes, en Europa y América, sus fechorías los miembros de la Internacional de los calumniadores. En todas partes, a espaldas de la organización, se hicieron chanchullos y componendas con los agentes bolcheviquis, y el caso de nuestros "conversos" — los personajes que intervinieron en el "affaire" internacional y llevaron la F. O. R. A. a Moscú —, se debe haber repetido en todas las organizaciones influenciadas por los anarquistas.

Que el sistema confusionista empleado por los renegados y traidores para entregar a la F. O. R. A. en manos de los agentes "comunistas", responde a un plan de ataque internacional contra los anarquistas lo demuestran todos los antecedentes de las actividades bolcheviquis en los medios obreros de Europa y de América. Pero quizás en ninguna parte hayan llegado esos espías y confidentes al servicio de Moscú, a poner en práctica los medios infames de que se valieron últimamente los elementos policiales que responden al vividor García Thomas.

El recurso de fraguar una carta y atribuirla a un compañero conocido en la propaganda y responsable por su actuación de veinte años en las filas anarquistas, no lo habían empleado; hasta ahora, que sabemos, los agentes de Moscú. Pero como nuestros bolchevizantes, además de estar al servicio de la Internacional de los calumniadores, sirven a la policía y a la burguesía argentina, no puede admirarnos que tan canalescamente pretendan combatirnos.

Lo curioso de todo este episodio es que, los agentes responsables de Moscú, los que explotan la sucursal argentina de la Tercera Internacional —, se valen de las armas de esos policías y confidentes para mantener la guerra al anarquismo, creyendo que así conseguirán salir de su insignificancia partidista. Mas, lograrán con ello confundir al proletariado consciente del país y favorecer a su partido a costa de nuestro prestigio?

Como en los finales de comedia, el documento "descubierto" por el secretario de la U. S. A. y exhibido en las pueras columnas del órgano bolcheviqui, hizo mutis cuando menos se esperaba. El "documento" acusador, se dice, fué "robado" de las oficinas de la U. S. A. Y está descontento que no aparezca el ladrón ni los rastros de la fraguada carta.

LOS CAUCES DE LA REVOLUCION

No queremos que se considere al hombre como un mero instrumento de la naturaleza, sin voluntad ni capacidad de autodeterminación, no queremos que se configure su espíritu en un fatalismo musulmán, que se haga de él un juguete que mueven y determinan en absoluto las circunstancias, que se le absuelva de toda culpa y de todo esfuerzo con la teoría del determinismo, no queremos que se le prive de lo que en él hay de humano y de la libertad de obrar y de crear las condiciones de su propia vida, de su voluntad y de su inteligencia. Pero si no queremos esto, tampoco queremos el antropomorfismo primitivista, que hace al hombre centro de la creación, de todo cuanto existe y afirma más o menos que sin el hombre no existiría el universo, como el gallo de Rostand que se imaginaba que no saldría el sol si él no cantara. No queremos ni que el centro esté fuera del hombre ni que esté en el hombre; hay que tener la suficiente objetividad para apreciar la influencia de las circunstancias y bastante espíritu objetivo para no desconocer la eficiencia humana sobre el medio. Es verdad que el hombre sufre la determinación del ambiente, pero también lo es que el ambiente es condicionado por el hombre. Si nos encerramos en una interpretación exclusivista haremos teorías más o menos ingeniosas, pero absolutamente erróneas y caprichosas.

Examinemos nuestra posición revolucionaria. ¿Es el río el que abre el lecho o es, al contrario, el lecho el que hace al río? No desconocemos en absoluto el factor económico marxista en el desenvolvimiento de las revoluciones, pero no dependemos de él ni ciframos todas nuestras posibilidades de acción en el mayor o menor influjo de ese factor; en todas las condiciones económicas, exista o no gran industria, agricultura industrializada o primitiva, nosotros somos revolucionarios y confiamos en la revolución, porque según nuestra opinión el gran problema social no se reduce a la cuestión económica, sino que ante todo es un problema de libertad y de justicia. Es decir, sin desconocer los estimulantes que una revolución pueda recibir de las circunstancias, tenemos la convicción de que sin nuestra voluntad, de que sin nosotros el curso de la revolución no podría ser determinado. No negamos que hay cambios sociales que se verifican sin que las mismas masas se den cuenta del proceso de la transformación, pero una revolución que habrá de despojar a los poseedores, que habrá de nivelar las condiciones sociales de la vida, que habrá de instaurar un mundo nuevo de relaciones y de perspectivas no puede llevarse a cabo sin la voluntad revolucionaria, sin los ideales reacios a domeñarse ante el medio y que pretenden imponer al medio su contenido de realización. En una palabra, una revolución es ante todo un esfuerzo consciente para transformar el ambiente de acuerdo a ciertas nociones de valores morales superiores a los prestigios, adoptados, cotizados por el ambiente mismo.

Esto no nos autoriza a caer en el antropomorfismo. Si es el factor humano lo esencial en una transformación honda de las condiciones sociales de los hombres, no es el único; en un sentido revolucionario pueden actuar en el hombre un gran número de fuerzas que lejos de dominar lo dominan.

En líneas generales, los anarquistas oponen al materialismo histórico como factor revolucionario la voluntad humana; el primero niega al hombre o lo reduce a límites casi insignificantes; el segundo hace la operación inversa, concede al hombre la misión capital en una transformación de la estructura social y reduce las condiciones económicas externas a términos más modestos. Una consecuencia lógica con esta teoría serían las conclusiones siguientes: según el materialismo histórico es la fuerza del río quien cava el lecho; según nosotros es el lecho el que determina el río. Las ciencias naturales nos podrían dar en su riqueza in-

notable de experiencias hechos numerosos en apoyo de cada una de las dos conclusiones. Hemos visto a los ríos cavar sus lechos y hemos visto a los lechos determinar los ríos.

Pero en la labor práctica los marxistas y los anarquistas obran diametralmente opuestos a como sus teorías autorizarían lógicamente. Los marxistas, defensores de la fuerza del río para cavar su lecho, son los primeros en rectificarse y se apresuran por todos los medios, permitidos o no, por la justicia de la causa que dicen defender, a canalizar el torrente de la revolución, a determinar su curso. Los anarquistas, por otra parte, que sostienen que es la voluntad revolucionaria el factor principal, combaten la canalización previa del proceso de la revolución y se contentan con provocar las fuerzas que habrán de realizar la transformación, cuidando que nadie interrumpa el curso que esa transformación adopte por sí misma. Hay en esa actitud de los marxistas y de los anarquistas una contradicción? Sólo en apariencia. La teoría marxista es olvidada en la práctica por sus adeptos, porque no responde a la realización de una revolución. Hemos visto una revolución marxista en Rusia, el país proscripto en teoría por el marxismo dadas sus condiciones económicas, y vemos el reino de la reacción donde según Marx y su escuela debió haberse realizado ya la revolución. Pero en todas partes donde hay marxistas, vemos la misma conducta: el temor a que la revolución pueda seguir una dirección no prevista ni condicionada por ellos. En realidad, lo que sucede es que el materialismo histórico es una teoría accesoría de los revolucionarios autoritarios; ante todo los marxistas son revolucionarios, cuando lo son, autoritarios. Su conducta es regulada por los imperativos de su carácter y de su doctrina entera, en la cual la teoría del determinismo económico no desempeña la misión de un factor orgánico; es más bien un principio de cátedra que no tiene influencia en la moral ni en la conducta. Si fuera una teoría eficiente desarrollaríamos una mentalidad fatalista en sus adeptos. Pero los marxistas obran de acuerdo a su espíritu autoritario, que es lo que en ellos predomina y tiene su carta de ciudadanía como factor determinante de las aspiraciones y de los actos individuales. Por consiguiente vemos que el marxismo sostiene en su vida práctica la teoría de que es el lecho el que determina el río.

Así como los marxistas son ante todo autoritarios y deben conformarse a la fuerza de esa característica, los anarquistas son libertarios y no pueden menos de ajustarse a los principios de la libertad. Tanto en los marxistas como en los anarquistas las teorías económicas son secundarias y no tenemos derecho a esperar que sean consecuentes con ellas, sino al contrario, que sean consecuentes, unos con sus principios de autoridad, y otros con sus principios de libertad.

Los anarquistas dicen que es la fuerza de las cosas, el desencadenamiento de las potencias aprisionadas y oprimidas en el hombre y en las colectividades, lo que fijará el destino de la revolución, que es el río el que cava o el que debe cavar su lecho, su cauce, y determinar su curso. Para los autoritarios, lo esencial es la existencia del cauce, para los libertarios, la existencia del río. Y si los primeros se opondrían con todas sus fuerzas a una revolución que se les escapara de las manos, que siguiera un curso ageno a su voluntad, que inundaría lo desconocido y lo imprevisible, así los anarquistas se oponen o deben oponerse a toda revolución que deba someterse a una canalización previa, que no tenga la posibilidad de correr el riesgo de la creación, que no pueda abrirse por su propio impulso su camino y elaborar sus realizaciones.

Los anarquistas vemos la autoridad en toda limitación del desarrollo de una revolución; los marxistas ven el caos en toda revolución que no han dominado y subyugado a sus planes. Algunos camaradas de Holanda nos dicen que sería

conveniente complementar el anarquismo con el marxismo y viceversa. No, el marxismo y el anarquismo son diametralmente opuestos y nuestra misión debe consistir en mantener esa oposición absoluta, es decir, en defender por sobre todas las cosas la idea de libertad.

No exijamos consecuencia lógica en nuestros actos y aspiraciones con ideas secundarias y accesorias; es preciso que toda nuestra vida responda a la interpretación libertaria de la revolución y de la sociedad. Por tanto, los anarquistas no se contradicen, — como tampoco los marxistas en tanto que se ajusten a su autoritarismo, — cuando obedecen a los imperativos de la libertad. Al sostener que no tenemos derecho a erigirnos en reguladores de la marcha de la revolución, estamos dentro de la idea libertaria; y esa afirmación nada tiene de fatalista, porque no implica la pasividad, sino al contrario, el libre juego de todas las fuerzas y la posibilidad de desenvolvimiento de todas las iniciativas y de todos los impulsos dormidos por los siglos de servidumbre y de sumisión. Creemos, tenemos la seguridad de que las colectividades poseen el vigor para crearse las relaciones que más se ajusten a su naturaleza, y que nosotros, por bien intencionados que seamos, por deseosos que estemos de ver a todos los hombres dichosos y libres, jamás conseguiremos tener en cuenta la complejidad de la vida, por lo cual nuestro concepto de lo bueno, de lo justo, de lo bello, impuestos a los pueblos y no aceptados y elaborados por ellos mismos, se convertirían en realidad en nociones tiránicas artificiales. El buen educador no da al niño las verdades hechas sino que lo pone en condiciones que le permitan adquirir las espontáneamente. Tampoco nosotros queremos dar a los pueblos nuestra manera de ver y de apreciar las cosas, sino que deseamos que los pueblos mismos lleguen por su propia cuenta a los mismos resultados, y nuestra propaganda tiende más a provocar la actividad reflexiva, la capacidad de sentir y de obrar en los hombres que a inculcar nuestras ideas. Confiamos que los pueblos en libertad, cuando todas sus fuerzas hayan sido desencadenadas, cuando todos los obstáculos que actualmente los encadenan a prejuicios morales y a tiranos hayan sido removidos, llegarán a seguir naturalmente una vía que se asemejará a la que nosotros deseáramos ver seguir, pero una cosa es que los pueblos adopten esa dirección por sí mismos y otra que la sigan bajo un sistema cualquiera de creación; en el primer caso los resultados armonizarán con el alma misma de las colectividades y en el segundo los mismos resultados serían un mal, porque vendrían por la vía de la autoridad.

Bakunin ha hecho resaltar siempre la misión provocadora de los antiautoritarios en una revolución; no deben imponer a las masas el socialismo ni ningún valor de los que consideran un bien, sino provocarlo, hacer que se llegue a las mismas conclusiones naturalmente, por un proceso activo de la mente colectiva. Es esta la razón por la que rechazamos los programas constructivos que se empeñan en andamiar muchos distinguidos camaradas; es por esto que no queremos el sindicalismo, es por esto por lo que no queremos tampoco el comunismo anárquico cuando no se interpreta como la libertad de experimentación de otros modos de organización posibles y se pretenden propagarlo como un sistema acabado. No queremos encadenar el futuro a sistemas cuya eficiencia desconocemos, no queremos privar a las fuerzas desencadenadas por la revolución de su desenvolvimiento completo y libre, no queremos cavar el cauce del río, sino engrandecer y provocar el río para que él mismo se determine su lecho.

Cuando el sindicalismo, incluido el anarco-sindicalismo, quiere regular la vida futura, cuando quiere trazar previamente el curso del río, no podemos, menos de combatirlo, de oponernos a sus propósitos liberticidas. Cuando los mismos camaradas anarquistas comunistas quieren que su comunismo sea seguido al plé de la letra por el curso de la revolución — estos camaradas, aunque raros, todavía se encuentran — rechazamos ese comunismo. Si somos comunistas anarquistas no significamos con ello sino un sistema económico en el que a nosotros nos agrada-

ría vivir, pero no un plan constructivo para la vida social. Confiamos en que los pueblos adoptarán el comunismo en una gran parte de la vida común, pero esa esperanza no nos autoriza a prestigiarlo como sistema perfecto a que tendrá que someterse el curso de la construcción revolucionaria. Es necesario mantener siempre en alto la bandera de la libertad. En una revolución social no somos nosotros los que diremos la última palabra, aunque digamos nuestra opinión; son las masas revolucionarias las que deben decidir. Es a ellas a quienes remitimos la organización de la sociedad futura, la determinación del lecho del río, la elaboración en el terreno de los hechos y de las experiencias de los programas constructivos. Nosotros tenemos bastante que hacer con suscitar las fuerzas de la revolución destructiva y con velar por el desenvolvimiento libre del proceso constructivo revolucionario, impidiendo toda ingerencia del viejo tabú de la autoridad.

Hasta ahora todas las revoluciones fueron ahogadas por los sistemas preconcebidos que llevaron al porvenir el germen de los males del pasado. Tenemos derecho a reivindicar el ensayo de una revolución en el terreno de la libertad absoluta. Si la realidad nos demuestra, — como hasta aquí nos demostró, que el autoritarismo mata toda revolución — que la libertad no es creadora, que una revolución que no

haya sido sometida a un plan conscientemente elaborado, que no haya sido garantizada por una organización capaz de imprimir a los acontecimientos su orientación, es una revolución condenada a la muerte y al fracaso, entonces nos convenceremos de la necesidad de construir el porvenir o mejor dicho de encadenarlo a los ideales más o menos humanitarios y generosos del presente, es decir, renunciaremos al anarquismo y nos constituiremos en una nueva fracción del marxismo, un poco más revolucionaria por fuera que las otras, pero en el fondo corrompida por el veneno de la autoridad.

Hay que provocar y suscitar la revolución y no canalizarla y dirigirla. Hay que ser consecuentes con la interpretación libertaria de la vida y no doblegarnos de ningún modo a los fetiches del autoritarismo.

Hay que avanzar resueltamente hacia el porvenir, sin temor a lo imprevisible y a una rectificación de nuestros cálculos.

Hay que dejar a la vida sus derechos y no encerrarla en fronteras arbitrarias. Hay que confiar en la libertad creadora.

Dejemos que el torrente de la revolución abra su lecho en la historia.

D. Abad de SANTILLAN

Berlin, junio de 1923.

CELEGRAMAS

El bastón de San Egidio.

Un telegrama de la región que está devorando el Etna, nos dice que un pueblo, con el fin de aplacar las erupciones del volcán, salió en procesión con el bastón milagroso de San Egidio. Otro pueblo, envidioso del talismán, lo atacó para robarle el milagroso bastón del santo que los libraría de ser sepultados por la lava; y se enredaron en la fiera lucha, hasta que un obispo, apoderándose del bastón, aplacó a los combatientes.

La noticia se presta a un cuento ático del burlón France; pero es una noticia triste y dolorosa, más dolorosa que las que nos traen las nóminas de los horros que está cometiendo el volcán; más dolorosa y más triste. Porque si es triste el dolor humano, más lo es su error. Si es triste que un volcán devore veinte poblaciones, más triste es que, por fanatismo, dos poblaciones se golpeen una a la otra. Aquéllas nos hace alzar el puño de cólera contra el destino ciego y sordo. Esto nos hace caer los brazos de desaliento por la ceguera mental, por la sordera de espíritu en que los explotadores aún mantienen a los pueblos. Esto nos dice que el pueblo aun merece tener amos, porque aun no puede pensar ni sentir por cuenta propia, es decir, que aun no tiene conciencia. Y esto es lo terrible, lo desalentador; pues, no hay mayor esclavitud que la de no poseer conciencia y ser esclavos, no por causas exteriores, sino por causas internas; ser esclavos por no haber llegado aun a ser hombres.

La fuerza — la causa exterior — es un amo que posee esclavos, pero que son esclavos descontentos de serlo, ansiosos de emanciparse, y que no pierden ocasión de intentarlo y que no abandonan la lucha contra el amo que los oprime y los explota.

Porque el fanatismo — la causa interna — es un amo que posee esclavos satisfechos de serlo, por ignorancia, esclavos tranquilos, que no luchan; su inercia ya no es animalidad, porque sobre ellos pesa lo milagroso, el misterio, lo desconocido que los reduce a cosas.

Todos los amos embrutecen; pero no hay un amo más embrutecedor que el fanatismo.

Concurso de fealdad.

Mil y un aspectos de la sociedad capitalista ponen en evidencia su crueldad: falta de comiseración para el vencido, insensibilidad para con el no dotado por la naturaleza; Resultado del individualismo sobre el que está construida. Los hombres no se sienten unidos por un igual fin. No hay ideales comunes, sólo existen intereses divergentes. No hay piedad, por lo tanto.

En Norte América, paradigma de plutocracias, Mrs Mary Bevan, acaba de ganar un premio de cinco mil dólares en un concurso de fealdad. Verdaderamente lo merece: Mrs Bevan es un monstruo. ¿Pero puede darse una crueldad mayor que ésta? Obligar a una mujer a considerarse fea y exhibirse como tal para poder ganarse unos dólares que seguramente necesita. ¿Los promotores de ese concurso inhumano, qué fiéras son? Son capitalistas, simplemente. Son hombres para los cuales el fin de la vida es enriquecerse. Para tal fin tales medios. ¿Se va a reparar, acaso, en que ese concurso no es piadoso? Sería ingenuo exigirlo. En los tiempos verídicos parecería mentira que pueda ocurrir algo así, parecería lo que a nosotros, mejor, lo que a algunos de nosotros nos parecen los martirios de la Inquisición. Sin embargo, ¿tuvo ésta un martirio moral tan grande como éste de obligar a una mujer a confesarse un monstruo? No. Lo que el fanatismo religioso no llegó en punto a crueldad, lo ha alcanzado la rapacidad codiciosa del capitalismo. No nos enanezamos, entonces, tanto de nuestro siglo XX ni de nuestra civilización. Nuestro siglo es cruel y nuestra civilización es absurda. El uno tiene la crueldad del estúpido; la otra es demente. Vamos equivocados, tenemos que dar algunos pasos atrás, hacia la naturaleza, si es que deseamos tomar el buen camino, el que nos llevará hacia la felicidad humana, que será el bien de todos. Para confesarnos tal cosa, debemos

despojarnos de mucha vanidad y reconocer nuestro error. Somos crueles por estupidéz, como lo son todos los vanidosos. También lo somos por codicia, aunque esto es lo de menos, porque quitada la oportunidad de enriquecernos, desaparecerá la codicia. ¿Y la vanidad? ¿Cómo quitarle al hombre la oportunidad de envanecerse, y ser cruel? El trabajo es el todo salvador, el rudo trabajo con el cual se suda y se cansa. La vanidad es producto del ocio. ¿Un hombre encallecido en el trabajo, puede imaginar eso de enriquecerse explotando la fealdad de su prójimo? Tal crueldad sólo puede imaginársela quien nunca trabajó con sus manos. Es un refinamiento de crueldad que explota la vanidad invertida: la de ser feo... Y en tanto, impunemente, ocurren tales cosas, no nos envanezcamos de nuestro siglo ni de nuestra civilización mecánica. ¿Para qué volamos, si la indignación y la pena no nos estremecen ante el dolor hecho espectáculo? ¿A pesar de nuestras máquinas voladoras, nuestro plano moral no es el de la Edad Media?

ALVARO YUNQUE

De Max Nettlau

SINDICALISMO Y ANARQUISMO

Cesemos de dejarnos hipnotizar por el sindicalismo. La resistencia colectiva de los obreros contra el capital es una necesidad absoluta para ellos; esta lucha exige que sea hecha según las necesidades de la hora presente y nada tiene que ver con la lucha contra la sociedad actual entera que libra el socialismo anarquista. Con la desaparición del capitalismo desaparecerá también necesariamente el sindicalismo, y surgen teorías sindicalistas según las cuales las primeras materias y los instrumentos de trabajo han de ser de las corporaciones de oficios; esto será un nuevo monopolio que estará en contraposición. El sindicalismo, excelente de momento, no tiene, pues, ningún porvenir; que enseñe y dice que todo ha de ser de dicción con el socialismo más elemental, es una actitud militar que la guerra contra un enemigo igualmente concentrado puede de momento justificar desde el punto de vista puramente técnico, pero que nadie querrá su condición después de la batalla.

ANARQUISMO Y DOCTRINAS ECONÓMICAS

Es muy de lamentar que la idea anarquista se haya acoplado desde el principio a hipótesis económicas que insensiblemente pasan al estado de doctrinas y

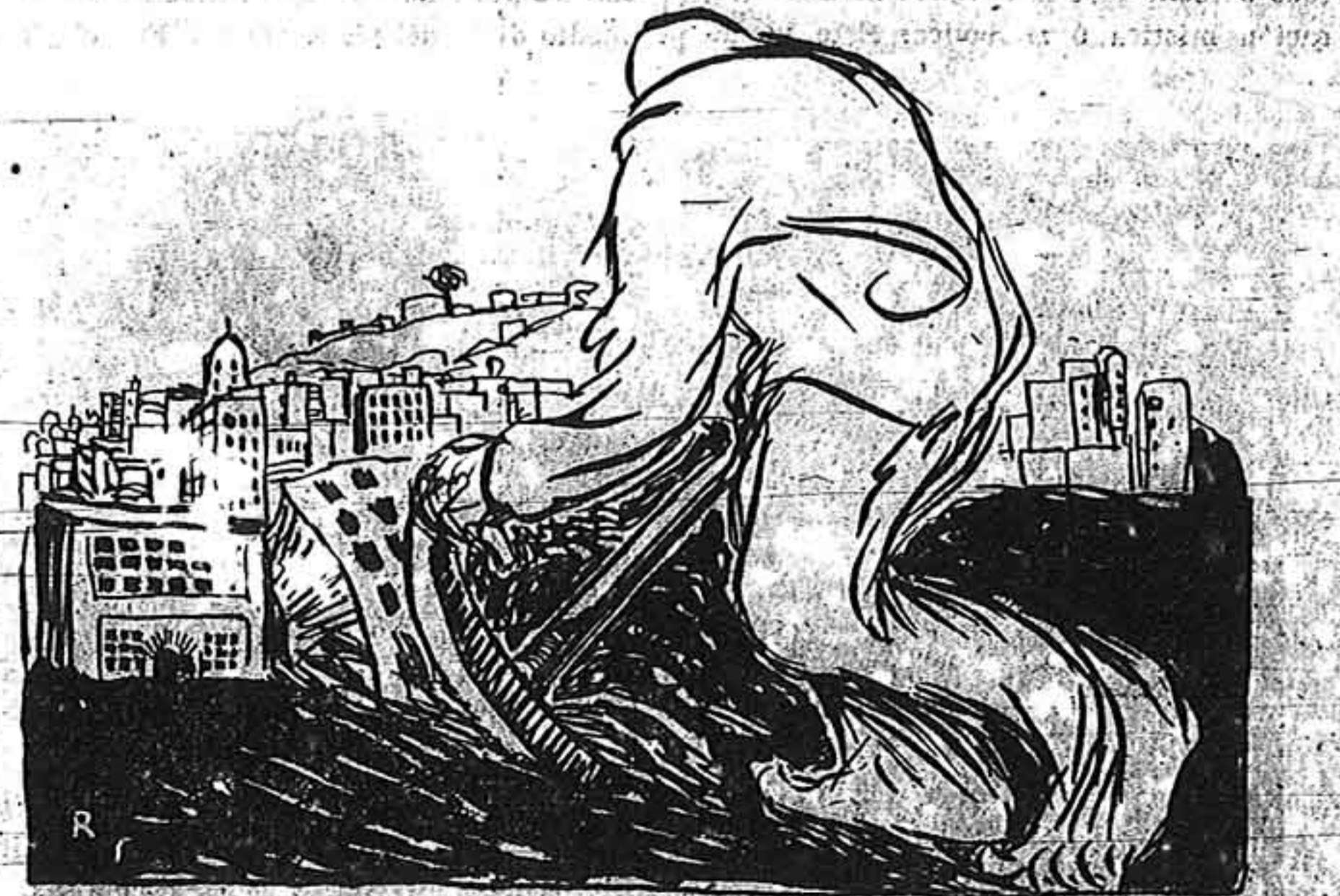
teorías. Para probar la posibilidad práctica de la anarquía se armaron utopías económicas y la anarquía se subdividió en escuelas económicas, comunista, colectivista, individualista, etc. Es muy triste, porque con una mano se corre el velo del porvenir, y haciéndonos ver la felicidad del disfrute de mayor libertad y con otra mano se nos encadena a alguna doctrina económica cuyo mérito no discuto, pero que no pasa de hipótesis comprobable. Nos falta la experiencia y es por lo demás absurdo creer que se pueda adivinar lo que convendrá a una sociedad desconocida aún, así como que pueda haber una sola doctrina en lugar de la experimentación en grande escala de todas las posibilidades económicas conformes a la necesidad de la libertad.

Pedro Kropotkin. Conferencias

La Editorial LA PROTESTA, ha puesto a la venta el primer volumen de las Conferencias de Kropotkin. — Además de "El Estado — su rol histórico" — importante tema de suma actualidad, desarrollado en diez capítulos, éste volumen contiene otra conferencia titulada: "El Estado Moderno", con los siguientes capítulos: El principio esencial de las sociedades modernas — Siervos del Estado — El Impuesto, medio de crear los poderes del Estado — El Impuesto: medio de enriquecer a los ricos — Los monopolios — Los monopolios del siglo XIX — Los monopolios en la Inglaterra constitucional — En Alemania. — Los reyes de la época — La guerra — Rivalidades industriales — La alta finanza — La guerra y la industria — Crisis industriales debido a las provisiones de las guerras. — Los caracteres esenciales del Estado — El Estado puede ser un instrumento de emancipación de los trabajadores? — El Estado constitucional moderno — ¿Es razonable reforzar el Estado actual? — Conclusión.

Precio del tomo \$ 0,50
Encuadernado en tela \$ 1,50

Ya está en prensa el importante opusculo de Luis Fabbrí: "Cartas a una mujer sobre la anarquía". Se pondrá a la venta, a un precio reducido, en BREVÉ.



La labor es ruda, pero el suero se abrirá.

PAGINA DE ARTE

JUAN BAUCISCA COROT

(1796-1875)

Puede y debe considerarse a Corot como un paisajista, pero sin embargo es menester no dejarse engañar. Percibe las armonías de la luz, un soplo de aire atravesado y vivifica sus paisajes; existen independientes de la presencia del personaje humano. En muchas telas no se sabría enumerar sino el suelo, la hierba, los matorrales, los árboles, un poco de agua, nubes, el cielo, una casita perdida entre el follaje, a lo lejos el campanario de una rústica iglesia, manchas movidas que son los vestidos de una mujer en marcha o de dos campesinos que charlan. El hombre es dominado por la Naturaleza, ya no la subordina. Paisajista puro, Corot pinta el paisaje y solamente, pase el hombre o se aperciban los trabajos del hombre, el paisaje.

A pesar de esta independencia de la Naturaleza, Corot sueña todavía en ella aspectos que la ennoblecen. Las bellas arquitecturas, templos, ruinas, palacios, castillos, iglesias, ejercen sobre su elección una atracción peligrosa. Pero sabe fundir su majestad y su gracia con la gracia y la majestad de los sitios donde se encuentran. Conserva la fe en la campaña romana a pesar de su alejamiento, a pesar del encanto de los bosquecillos y de las riberas de la Isla de Francia, donde trabaja; adora las danzas de las ninfas en las brumas doradas y se complace en despertar en sus antros a los Sifanos o a los pastores clásicos.

Total, ¿qué importa? El pintor funde legítimamente la precisión de las cosas estudiadas y verdicas con el encantamiento de sus sueños, lo real y lo imaginario. Resume en una escena, en una composición dispuesta para el placer del espíritu, el sentido secreto que siente estremecer en el fondo de los aspectos permanentes o instantáneos de la tierra maternal. Con la condición de no falsear la representación imponiéndole valores arbitrarios y ficticios, de que se someta y no trate de precipitarla ni contradecirla, el impulso de su lirismo se expresa con todo derecho bajo la cubierta de una figuración mística o simbólica. Este medio

requiere en el que lo ensaya una ciencia, completamente desinteresada, de los elementos menores, por los cuales el esplendor, en todo y por todo brillante, adquiere equilibrio y eurytmia, y el constante y exclusivo amor que permite escrutar con devoción la trama palpitante y el invisible estremecimiento.

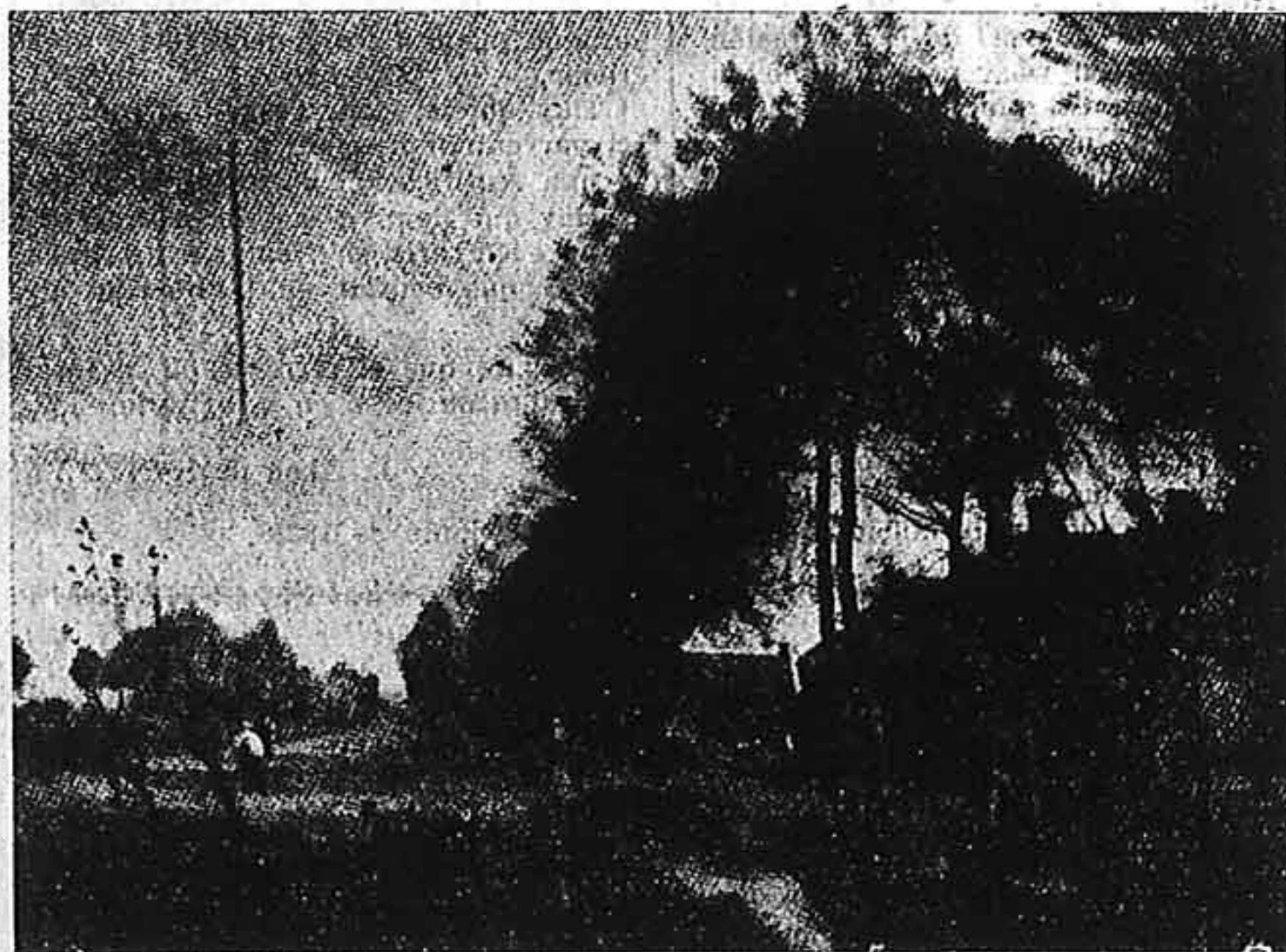
Corot no se había puesto a estudiar a la naturaleza por casualidad. El la comprendió, la respetaba y no trataba sino de traducirla con los medios más apropiados, presentándola a los que desean mirar, tal como él la amaba y la sentía, tal como él la había impregnado, tal como la llevaba en su corazón, o mejor dicho tal como su corazón y su cerebro estaban de ella compenetrados.

Baudelaire define magistralmente el arte de Corot: "Es Corot uno de los raros, el único quizás, que haya conservado un profundo sentimiento de la construcción, que observe el valor proporcional de cada detalle en el conjunto, y, si me es permitido comparar la composición de un paisaje a la estructura humana, que sabe siempre donde colocar los huesos y las dimensiones que deben tener. Se siente, se adivina, que Corot dibuja abreviativamente y largamente, lo cual es el único medio para reunir con celeridad una gran cantidad de materiales preciosos. Si un solo hombre hubiese podido contener a la escuela francesa moderna en su amor impertinente y fastidioso del detalle, ciertamente sería él. Hemos oído reprochar a este eminente artista su colorido un poco demasiado dulce y su luz casi crepuscular. Se diría que para él toda la luz que inunda el mundo ha bajado de uno o más tonos. Su mirada, fina y juiciosa, comprende más bien todo lo que confirma la armonía que lo que acusa el contraste." Usa un pequeño número de tonos; comparado con Delacroix no fué un colorista, pero Corot es uno de los armonistas más delicados, más deliciosos de todos los tiempos.

Corot no ha buscado la brillantez de las fulguraciones, las sonoridades del medio día o del pleno verano. Fué el pin-

tor delicioso de las mañanas frescas, de los crepúsculos tiernos y dolorosos. La emoción vibrante de las tintas delicadas reemplaza a veces en sus paisajes de Italia, a lo que el dibujo tiene de un poco seco y riguroso. Tal es el encanto ambiguo de sus primeras producciones: El

son obras maestras dotadas de tanta fuerza, novedad radiosa y originalidad como los mejores retratos de los más reputados retratistas. Y son trozos de pintura de un vigor inimitable. La familiaridad en él no es desfallecimiento. Nada subsiste de las fórmulas y de la arbitrariedad acadé-



COROT — La carretera de Arras

Coliseo, en el Louvre, El Forum... Se lo encuentra flotante, más seductor en la vista admirable de La Catedral de Chartres, que forma parte de la colección Moreau, en las Artes Decorativas.

Cuando Corot se transforma en pintor de figuras se nos aparece con mayor firmeza, una voluntad más decidida, una fuerza de psicología notable, una maestría no menor que la del paisajista. Durante mucho tiempo se lo tuvo encerrado en su especialidad, no viendo la universalidad de su arte. Muchas de sus figuras

mica. El artista se ha entregado a la búsqueda de la expresión, la descubre donde se oculta y la fuerza a exponerse bajo su mano. Ni rutina, ni teoría, el pintor obedece a lo que observa y a lo que da; los medios están allí dispuestos a su elección; él adopta, agrupa, yustapone, confirma todo lo que le es esencial y necesario, y así puedan alabar o reprocharlo las escuelas, abandona todo lo innecesario. Por instinto supera por su saber y el aspecto a los más grandes realistas: prepara a Manet y posiblemente a Renoir.



COROT — Retrato de mujer



COROT — El valle

Fromentin pretende derivarlo de Ruysdael al reconocer que Corot se destaca del grupo de los paisajistas sus contemporáneos; dice: "cultiva la Italia desde muy joven y le ha quedado no sé qué de indeleble. Fué más lírico, más campestre, más agreste que Ruysdael. Ama los bosques y las aguas, pero en otra forma. Inventa un estilo; puso menos exactitud en ver las cosas que fineza en aferrar lo que se debía extraer y lo que se desprende de ellas. De allí esa mitología tan personal y ese paganismo tan ingeniosamente natural, que no fué, bajo su forma un poco vaporosa, sino la personificación del espíritu mismo de las cosas. No se puede ser menos holandés".

A FONTAINAS

(de la *Histoire Générale de l'Art français de la Révolution a nos jours*).

Nuevo colaborador del "Suplemento"

Los anarquistas saben sobradamente lo que significa el camarada Max Nettlau en el movimiento anarquista y lo mucho que le debemos a sus investigaciones históricas y a su labor de escritor. Baste decir que la obra de Bakunin hubiera desaparecido o no hubiera podido ser recogida y conocida sin Nettlau. Esto constituye para nosotros un título de aprecio infinito. El Dr. Max Nettlau ha gastado toda su fortuna y dedicado toda su vida a la investigación de la historia del anarquismo; sus archivos contienen una verdadera riqueza sobre el pasado de nuestro movimiento; sin esos archivos nos sería casi imposible hacer nuestra historia.

No queremos hacer el elogio de Nettlau, su labor es bien conocida y al anunciar que el Suplemento de LA PROTESTA le cuenta entre sus colaboradores regulares, creemos que los camaradas de la Argentina apreciarán este nuevo apoyo en todo el valor que realmente tiene. Poco a poco, en nuestra labor de hormigas del trabajo, firmes en nuestra voluntad de contribuir al enriquecimiento ideológico del movimiento anarquista regional, acarreamos, sin temor al esfuerzo, el óbolo del pensamiento revolucionario del mundo.

El compañero Nettlau contribuirá al Suplemento con trabajos de carácter histórico y doctrinario.

Por nuestra parte podemos enorgullcernos del éxito que este semanario tiene en todas partes y auguramos que el nombre del nuevo colaborador hará doblemente meritorias las páginas del Suplemento.

Ya nos ha remitido una serie de tres artículos dedicados a tres viejos anarquistas muertos recientemente: Kitz, Herzig y Dave.

... en cuanto me arrimo al Parlamento me parece asistir a un culto en cuya eficacia no creen los celebrantes, a pesar del derroche de liturgia, cuya esuberancia va de par con el enflaquecimiento de la fe. No se muestra allí sino la industria o la comedia; quiero decir que apenas se ve sino quienes van al negocio o quienes salen a tablas a representar su papel del modo que les procure más aplausos y les dé nombre de más diestros comediantes... lo mismo en el teatro que en el Parlamento, llega a aplaudirse gestos, ronquidos, hipos, acenos y matices. No conviene al buen parlamentario tomar a pecho su papel e ir a matar de veras en la escena del duelo o llorar de verdad cuando la comedia pide llanto. — M. U.

El Estado es el que por sus códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil o incentivo de la guerra. — P. N. M.

HAN RYNER Y SU OBRA

I.— El novelista Henri Ner.

Hacia 1892-1893 (esto no me rejuvenece), yo estaba encargado de la crítica literaria de la *Petit République*. Una mañana, de entre el montón que me trafa diariamente el cartero, retiré un librito que tenía por título: *La folie de misère*. Estaba firmado por Henri Ner, un nombre completamente desconocido para mí. Contrariamente a lo que pasa de ordinario entre mis colegas en crítica, me vi incitado, sino a leer, al menos a hojear el volumen. El azar hizo caer mi cortapapel en serie de páginas muy desiguales pero que me cautivaron grandemente. No solo se revelaba allí un temperamento, sino que entreví inmediatamente toda la importancia del asunto tratado, sus dificultades y su grandeza. Era en efecto la espantosa y terrible cuestión de la herencia la que el autor, joven sin duda, casi desconocido, se había atrevido a atacar.

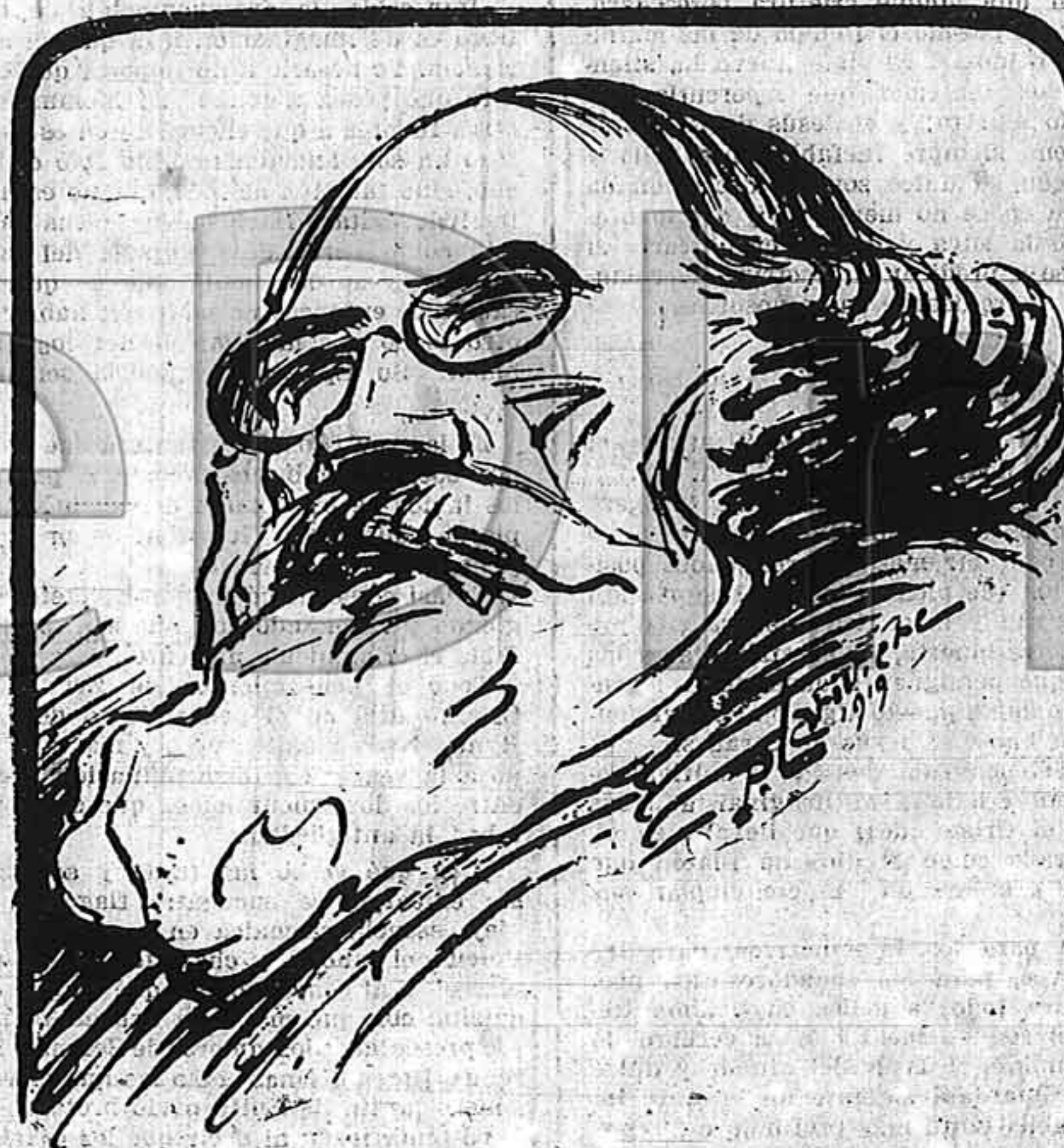
Justamente en ese momento yo tenía en preparación una novela rústica: *Les Amours*, en que trataba de poner de relieve toda la potencia de la tara eróticohistórica sobre una joven campesina convertida en la Mesalina de su aldea.

Pero a partir de aquel día mi atención quedó fija en él. Estaba seguro que trazaría su surco en el camino en que entraba y que ese surco sería profundo.

Poco después, Henri Ner, satisfecho sin duda por esas pocas líneas de crítica que le demostraban al menos que había sido comprendido, me enviaba otro de sus libros, anterior, creo, y que tenía por título *Chair Vaincue*. Me gustó mucho mejor. Porque estaba precedido de un preface de Jean Aicard, cuya mediocridad burguesa tuvo siempre el don de horripilarme.

Quizás esta causa es pequeña, pero hay impulsos instintivos de que a los más pacíficos es imposible preservarse; aunque la verdadera razón por la que no aprecié *Chair Vaincue* después de haber leído *Folie de misère*, es que en tanto que este libro estaba lleno de observación viviente, podría decir de vida, en el primero se sumía en las nebulosidades de una metafísica vaga.

En un tercer libro, el *Humeur inquiete*, volví a encontrar al Henri Ner de la *Folie de misère*, es decir, al observador penetrante, al psicólogo ya seguro de su análisis y que desconfiaba de los conceptos vagos, de las abstracciones muertas que son como los cadáveres de ideas y que



Por consiguiente, acababa de releer a Darwin, a Huxley, a Haeckel, a Guyau y no sólo estaba fresca y seriamente documentado sobre el asunto, sino completamente dominado, obsesionado por él.

En esas circunstancias, lo repito, me afectaron las páginas recorridas aquí y allí, por la precisión de la observación que las inspiró y leí el libro desde la primera a la última línea, sin el menor cansancio, más y más atraído por el modo casi magistral con que el desconocido Henri Ner, que no era un biólogo, — esto se veía — había podido vencer las dificultades formidables del asunto.

Se trataba, si mi memoria es fiel, y debe serlo, porque yo había sido muy impresionado, — se trataba de la locura hereditaria del asesinato en la hija de un asesino. Siento aún la emoción profunda que me invadió siguiendo las frases trágicas de la lucha que la pobre criatura petrificada en el fondo de la honradez, opone a la potencia terrible de la tara que pesa sobre ella como el ineluctable ananké. Ese día sentí no tener que decir en una breve crónica más que unas líneas para expresar todo lo que pensaba de ese libro y del autor.

bien que eviten la sequedad tanto como el realismo incondicional, estrecha de cerca la realidad, el fondo de este nuevo libro era la historia de una existencia desequilibrada, que fué quizás un poco la del autor, porque se adivina allí, en una parte al menos, un poco de autobiografía, se encuentra allí, además, una rúla punta más bien que una tesis, dirigida contra la crueldad de una ley que impide a los esposos volver a casarse una vez que fué pronunciado el divorcio sobre ellos. Comprendo perfectamente que Alfonso Daudet tuviese por ese libro una gran predilección, él que amaba sobre todo la vida en los libros y que puso tanta en los suyos.

La exquisita sensibilidad, el estremecimiento de vida que llena el *Humeur inquiete* florece más aún en *De qui meurt*. Diré también que esa sensibilidad llega aquí, en las páginas intituladas *Prognostics de l'ère de Pierre*, a una aguda enfermedad que hace vibrar dolorosamente los nervios. Sólo un gran doctortino, uno de esos golpes del destino que abaten a los débiles, pero que hacen reaccionar profundamente a los fuertes, habían podido inspirar ese libro en que, como en las

obras de la antigüedad, lo patético toma toda su fuerza a la sencillez. Con esta notable tetralogía de la que no desdenaron hablar los pontífices de la crítica, Henri Ner terminó el ciclo de sus comienzos literarios. Se finje ignorar que nuestra literatura contaba un novelista cuya obra de juventud igualaba y superaba a la que creó la madurez de algunos de sus hermanos mayores.

II.— De la escuela de Voltaire se desprende Han Ryner.

Esta conspiración del silencio organizada, en torno de las novelas de Henri Ner continuará alrededor de obras más maduras, más poderosas, impregnadas de una filosofía profunda, donde se revelará, con todos sus matices, con todas sus posibilidades, la verdadera personalidad de Henri Ner convertido en Han Ryner.

No olvidaré nunca la especie de fúll asombro que experimenté hace algunas semanas al leer el *Homme Fourni* que conocía. Estaba en mi soledad benévola, donde después de una crisis violenta de paludismo, para reposar mi cerebro todavía quebrantado, acababa de leer en pequeñas dosis algunos cuentos de Voltaire, deteniéndome en *Canádo*, el más filosófico y también el más divertido de todos.

Esta lectura me había inducido a reflexiones serias sobre esta maravilla de nuestra literatura que fué el cuento filosófico en el siglo XVIII y sobre todo bajo la pluma del más grande de nuestros prosistas... Lamentaba que el siglo siguiente hubiese desdenado un poco este género, para el cual sin embargo parecían a propósito los genios de nuestra raza, así como el fondo de nuestro temperamento.

Con el *Homme Fourni* Han Ryner atenúa un poco este sentimiento. Un poco de *Canádo* y de otros pequeños héroes, de las pequeñas obras maestras volterianas se reflejan en el *Octave Perdicant*, el mortal a quien la alta fantasía de Han Ryner da un cerebro mixto de hombre y de hormiga.

Para comprender bien todo el alcance y todo el sabor de esta metamorfosis, así como el gran mérito que tuvo el autor al imaginaria, conviene poseer algunas nociones sobre la biología y sobre las costumbres de este himenoptero social, la hormiga, sin haber leído a fondo a Huber, Forel, J. Lubbock, Buchner, es preciso tener presente lo que Darwin escribió sobre él, es decir, "que su ganglio cerebral es la más grande maravilla que la naturaleza haya creado con un poco de protoplasma".

Entonces se comprenderá solo con qué maestría ha sacado Han Ryner de este "hueso" precioso que era su objeto, toda la médula filosófica que está contenida en él.

Jamás la soberbia humana recibió de un filósofo una lección más cruel bajo una forma más suave, más amena y de una ironía tan exquisita y sabia.

Desde el principio al fin de este suculento libro, Han Ryner parece decir al hombre: "Tú te crees el amo del mundo, tú te dices el rey de la creación, porque tu cerebro contiene trillones de neuronas, en las que las generaciones pasadas han acumulado las imágenes y los conceptos; y bien, compará lo que tú has sacado y el uso que tú haces de él, con lo que la humilde hormiga de las que aplastas cada día un montón bajo tus zapatos sabe hacer con un glóbulo de substancia nerviosa apenas visible. Tal vez entonces no estés tan orgulloso".

III.— Han Ryner ante el cristianismo

Después del *Homme Fourni*, Han Ryner no debía tardar en dejar la humanidad moderna o más bien a sus contemporáneos para volverse hacia la antigüedad a la que volvieron siempre para no abandonar la más los espíritus verdaderamente filosóficos de nuestro tiempo.

Por el hecho de esta evolución natural y esperada de los que habían seguido su obra, Han Ryner debía hallarse frente a las dos más grandes etapas que hayan señalado la marcha de la humanidad hacia el eterno más allá: quiero referirme

buida. En una ocasión, cuando los pobres colonos de una isla escocesa, *the Skye crofters*, se resistieron en fin a los grandes propietarios que los explotaban de un modo insostenible; y cuando la atención de todo el país se concentró en esa isla, ese pequeño grupo de Londres supo producir una publicación que circuló repentinamente entre los colonos y cuyo origen fué un enigma para todo el mundo. Así, esos pocos hombres, estrechamente unidos entre sí, supieron crear de la nada, con sus propios medios, el socialismo y el anarquismo ingleses presentes, hecho raramente admitido y poco conocido, pero que los materiales existentes y uno o dos supervivientes permitían relatar en detalle.

No fué sino uno o dos años más tarde cuando el socialismo inglés se constituyó también sobre otras bases. La cuestión agraria y política irlandesa se hizo muy aguda entonces y el ministerio liberal de Gladstone, encarnizándose contra el partido de Parnell que exigía el *Homage Rule* se alienó las simpatías de muchos radicales, que abrieron entonces también los ojos sobre la cuestión agraria, sobre el monopolio terrible de los propietarios de la tierra, y la gira de conferencias de Henri Georges, las ideas de su libro *Progreso y miseria*, las ideas de Miguel Davitt también, el fundador de la *National Land League*, del único irlandés de esos tiempos, antiguo obrero de fábrica, que proponía ideas socialistas, aunque no socialistas, — todo eso creó un medio favorable para la aceptación del socialismo, que fue proclamado francamente entonces por algunos hombres de valor diverso y aceptado con entusiasmo por muchos jóvenes o por hombres hasta entonces conquistados por el radicalismo burgués, por los miembros de los numerosos clubs obreros radicales, etc.

Esta renovación socialista tuvo por inspiradores intelectuales de una parte a ciertos marxistas aislados, como H. M. Hyndmann y E. Belfort Bax, de otra a hombres de ideas amplias, generosas y humanitarias, y de talento artístico y literario generalmente reconocido, como W. Morris, el gran poeta y reformador de las artes decorativas en Inglaterra, Edward Carpenter, que vive aún, Walter Crane, el famoso dibujante, y algunos de sus amigos. Todos trabajaban juntos en la *Democratic Federation*, que se llamó pronto *Social Democratic Federation*. Así el grupo revolucionario de Joseph Lane, Kitz, S. Mainwaring y otros entró en esa organización y según su ejemplo comenzó una vasta propaganda popular en que obreros como John E. Williams, John Burns, el futuro ministro, y tantos otros se distinguían por su verbo infatigable al hablar directamente del socialismo al pueblo en los innumerables mítines, en las esquinas de las calles, en los parques, etc. A esa organización, cuando se estableció, se unieron los marxistas ortodoxos, como Eleanor Marx Avelin, la hija segunda de Marx y su esposa, el viejo F. Lessner, uno de los más antiguos comunistas alemanes, militante desde el año 1840, Andreas Scherer, socialista vienés, orador distinguido, que luego vivió en Escocia, un hombre de temperamento revolucionario pero dominado por el autoritarismo y amigo de los blanquistas. Y al lado de muchos jóvenes, los viejos de los antiguos grupos, chartistas y demás, a menudo más entusiastas que los jóvenes, animaban esta organización. Pero los tradeunionistas ortodoxos, los políticos se abstuvieron; hacía falta verdadero idealismo para participar en ese trabajo de crear de la nada, por decirlo así, un movimiento socialista, y los hombres "prácticos" no tenían esa fe.

Hasta en la organización, la acción política, el parlamentarismo, el reformismo tenían un influjo sobre muchos y se produjo una separación en octubre de 1881 cuando el partido antiparlamentario abandonó la sociedad y constituyó la *Socialist League*. Esa acción decisiva fué fuertemente activada por el grupo de Lane y Kitz, los adherentes al socialismo integral libertario de William Morris formaban la gran masa en la nueva sociedad, y, cosa curiosa, pero que detalles contemporáneos que sería largo explicar hacen comprender, también los marxistas ortodoxos tomaron parte en esa división y firmaron como los demás la declaración antiparlamentaria, el manifiesto *To Socialists*, que inauguró la *League*, cuyo or-

gano fué pronto el *Commonweal* (febrero de 1885 al 4 de sep. de 1892). Los marxistas habían firmado esa declaración con la reserva mental de que juzgaban impracticable el parlamentarismo en ese momento, pero que no entendían por eso la renuncia completa a él y la aceptación franca de la vía revolucionaria. Se ve que la *Socialist League* estaba desde su principio recargada de falsos amigos muy insinuantes, que soñaban con hacer de ella la alfombra del marxismo, que no había podido nunca levantarse en Inglaterra en su forma ortodoxa. El partido de William Morris, se puede decirlo sin querer expresar una vituperación, al contrario, — demasiado novicio en el socialismo para contrarrestar las maquinaciones marxistas, pero también demasiado abierto de espíritu, demasiado generoso para aperebirse solamente, no fué nunca afectado de veras y no se preocupó seriamente de desembarazarse de ellas y las intrigas tomaron algún desenvolvimiento. Fueron todavía los hombres del primer grupo revolucionario y sus camaradas más jóvenes puramente anarquistas (Fred Charles fué el más notable) quienes velaban, descubrían las intrigas y por fin, en la primavera de 1888, los marxistas, una pequeña minoría, viendo perdido su juego, abandonaron la *League*. Desde entonces las ideas anarquistas fueron aceptadas por la mayoría de los miembros y expresadas en la propaganda siempre muy activa por una especie de evolución natural, sin esfuerzo especial: eran socialistas y no podían concebir el socialismo sino en su forma libertaria; no valdría la pena demoler el antiguo sistema, expulsar a los patrones actuales, para crear un sistema autoritario en que los elegidos, los jefes de una burocracia socialista cualquiera, serían pronto los nuevos amos. En una palabra, la idea de que el socialismo será anarquista o no será se presentó naturalmente a los verdaderos socialistas de ese movimiento, y las conferencias de Kropotkin, dadas en la Liga en el verano de 1888 dieron a los miembros una confirmación oportuna e interesante de sus ideas, pues no había necesidad de suscitadas, de hacerlas nacer. Fred Charles era ese verano, 1888, el secretario de la Liga, y lo inspiraba todo con su ímpetu generoso; éste es el mismo camarada a quien un complot de provocación policial, a consecuencia del proceso de los anarquistas de Walsall en 1892, hizo pasar siete años en presidio. Después de él, Frank Kitz hizo de secretario hasta 1890.

No haré el elogio de Kitz como secretario, lejos de eso. Este ferviente partidario de la propaganda popular, a menudo contra los más grandes obstáculos, este enemigo de los papelotes, en un secretariado ¡qué ironía! Cuando la Liga cambió de local en 1889, Kitz creyó que era lo más práctico romper las cartas y documentos acumulados desde 1884, al menos los que se referían hasta 1888, para enviarlos en una enorme bolsa al mercado de papel viejo. Yo pasé por la oficina en el último momento y adquirí esa bolsa y de tal modo esa masa de documentos sobre la juventud del movimiento persiste aún. En 1890, en otra liquidación yo no estaba en Londres y esa vez Kitz estuvo más seguro y quemó todo el resto de los papeles. Su verdadero puesto estaba entre el pueblo, en esos mítines tempestuosos en que se mantenía como un muro contra los adversarios, muy frecuentemente aumentados con los provocadores. Era la síntesis directa de la "respetabilidad" inglesa; proclamó altamente la solidaridad con las víctimas más humildes y más cruelmente oprimidas por el sistema capitalista. Cuando un socialista de salón, un fabiano cualquiera (miembro de la Fabian Society) había hablado en favor de un socialismo gubernamental que impondría una burocracia benevolente y leyes sabias, pasando solo con el dedo enguantado sobre las llagas de la sociedad, entonces había que ver a Frank Kitz, que describía la miseria de Londres tal como la conocía desde su nacimiento y que acababa según su costumbre con observaciones sobre las clases llamadas criminales a quienes todos, también los socialistas respetables, ponían fuera de la sociedad, pero que son víctimas de la sociedad como todos nosotros. Así, los moderados, los filisteos, los respetables del socialismo tuvieron siempre horror a Frank Kitz.

En los años 1888-90 se dió cuenta evidente poco a poco que no estaba en la naturaleza de William Morris el aceptar todos los medios de acción de los anarquistas. Habría sido revolucionario en una revolución, pero en el período preparatorio se limitó a ser propagandista y, según sus facultades y su inclinación, creador en su esfera de nuevas expresiones de sus ideas en arte aplicado, etc., y no un rebelde anarquista. Dió al *Commonweal* la primera impresión de su utopía libertaria tan conocida después y traducida *News from Nowhere* (Noticias de ninguna parte) que fué publicada de enero a octubre de 1890. Pero cedió el paso a los anarquistas de la *League* en ese periódico cuando se generalizaron estas ideas y él y H. H. Sparling fueron reemplazados en 1890 por Kitz y D. J. Nicoll. En el otoño de 1890 se separó completamente y el grupo local de Morris se llamó en lo sucesivo *The Hammersmith Socialist Society*, mientras que la *League* se transformó en grupos anarquistas, de los que uno, el *Commonweal Group*, continuó el periódico que, después de una interrupción, tuvo una nueva serie de mayo a octubre de 1894.

En ese medio, descrito hasta 1890 en las páginas anteriores, y después en el de la propaganda anarquista inglesa en general, transcurrió la vida del propagandista de la primera época de quien hablo aquí. Hubo en él pocos incidentes, salvo los mil detalles de una vida que estuvo siempre en contacto con el verdadero pueblo. En 1881 John Most fué arrestado a causa de un artículo en su *Freiheit*, en que expresaba su satisfacción por la desaparición de Alejandro II, el zar, por las bombas de los nihilistas; fué condenado a 18 meses de dura prisión. Entonces Kitz, con algunos obreros ingleses, hizo aparecer como un desafío a esa persecución un periódico *Freiheit* (*Freedom*) en inglés (de abril a junio de 1881), retando al gobierno a que persiguiera a los ingleses solidarios de Most, el extranjero alemán. Participó en el Congreso Internacional revolucionario reunido en el verano de 1881 en Londres, donde conoció a Kropotkin, a Malatesta y a muchos otros. Fué con los demás delegados de la *Socialist League* al congreso internacional socialista de París, en junio de 1889, pero ese congreso hizo decaer las ilusiones de los socialistas verdaderos, que no vieron allí más que un conclave de políticos socialistas, salvo pocas excepciones, importantes para cambiar la fisonomía del congreso. Cuando al fin uno de los anarquistas que querían hacer oír una palabra libre, F. S. Merlino, fué insultado, los delegados de la Liga y un camarada italiano abandonaron el congreso disgustados y expresaron su opinión en una protesta que se encuentra en *La Révolte* de París; luego fuimos (yo estaba allí también) todos al Bois de Boulogne, a los lagos, y pasamos un medio día delicioso en la bella naturaleza. Fué el primer viaje de Kitz fuera de su país y creo que también el último. Salí de Londres cargado de li-

teratura, que sembraba en el camino. En el barco desapareció y pasó la noche entre los maquinistas, foguistas y marneros, a quienes predicó la buena palabra del socialismo y de la revuelta. El capitán lo hubiera hecho meter en la barra de haber sido más largo el viaje y tenía ganas de entregarlo a los gendarmes franceses; una palabra de William Morris puso fin a esa aventura; dijo al capitán que Kitz era de sus amigos y que compartía enteramente sus ideas socialistas y su indignación sobre la vida infernal que hacían los trabajadores del mar en los barcos.

Durante unos cincuenta años proximatemente que pasó en contacto con la propaganda popular, ha visto los orígenes de la carrera socialista de casi todos los que en Londres, más o menos pronto, cínica o simuladamente, por etapas, traicionaron y desertaron del socialismo, es decir, que hicieron de él una alfombra para su carrera personal. Su número por desgracia es infinitamente más vasto que el de los que, como este camarada muerto, han rechazado todas las seducciones de elevarse sobre las espaldas de otros y de convertirse en intermediarios entre explotados y explotadores, esa nueva clase que trafica sobre la suerte de los explotados con los explotadores y que se encuentra tan a gusto que hace lo imposible para que persista ese estado de cosas aprovechable y para desviar la revolución social. Frank Kitz despreciaba ese mundo que se horrorizaba ante un hombre tan poco "respetable" y que sin embargo conocía a fondo su humilde origen, su entusiasmo desde hacía mucho evaporado y sus compromisos y traiciones sucesivas. Pero había allí pocos como él, y la multitud presta aún oído a los charlatanes. En fin, hizo siempre lo que pudo. Habitó casi siempre en algunos distritos del sur de Londres, en Mitcham o en Merton y allí era una figura legendaria. El oficio que desempeñaba rendía cada vez menos y la vida al aire libre, en las calles, las caminatas, minaron su salud en los últimos años y llegó a una pobreza terrible, se vió destrozado, débil, y gastado. Se mantuvo sin embargo hasta el fin, y un último frío lo llevó al hospital, donde murió. Podría decir que había puesto las manos en la masa para hacer hacer el moderno socialismo inglés, que hizo todo lo que pudo para imprimirle una dirección anarquista y revolucionaria, que quedó fiel a sus ideas, que no se ha doblegado ante nadie y que ha muerto tan pobre, tan honrado, tan libre como había nacido.

La memoria de este bravo camarada y de sus otros viejos compañeros de la primera hora, Joseph Lane, Sam Mainwaring y otros, merece ser conservada.

Mayo 1923.

Wm. Nettlau

